

A los pueblos se les tenían toda clase de miramientos, y las casas religiosas y los curas eran tratados con el mayor respeto. Así se fué ganando la confianza del país, y pudo llegar hasta Charette y darle el último gran combate de la guerra vendeana. Charette y sus cinco mil hombres fueron vencidos el dos de Enero en Montaigu. Desde este momento el jefe vendeano vió á la desención llevarse á sus más entusiastas compañeros. Menos de dos meses más tarde, esto es, el 21 de Febrero, el ayudante Travot mataba ó hacía prisioneros á los 160 hombres que con él iban aquel día. Los pocos que escaparon y algunos dispersos que se reunieron fueron de nuevo derrotados el día 27 por el mismo jefe. Charette ya no estaba en disposición de hacer frente á la más pequeña patrulla. Disfrazado iba de aquí para allá esperando el momento de sufrir la misma suerte de Stofflet que no ignoraba.

Stofflet y el abate Bernier habían hecho proposiciones á Hoche para someterse, pero eran demasiado exigentes y no fué posible una inteligencia. Rotas las operaciones el 26 de Enero, las tropas realistas fueron destrozadas en varios combates y dispersadas, teniendo Stofflet la mala suerte de caer prisionero el 24 de Febrero, siendo ejecutado el mismo día previo un Consejo de guerra sumario. Y en efecto, el bravo Charette descubierto por la columna del general Valentín fué perseguido por ella durante cinco horas viniendo á caer en manos de la columna del ya general Travot que se apoderó de él después de una heroica resistencia. El 26 de Mayo, abiertas las heridas que recibiera en el combate, fué fusilado en Angers.

Muertos Stofflet y Charette, la guerra había terminado. Ni uno solo de los grandes jefes de la insurrección vendeana había escapado á una muerte violenta. Dichosos aquellos que la habían recibido en el campo de batalla.

Esta rápida terminación de la guerra vendeana después de los grandes peligros de Quiberon y del desembarco del conde de Artois, venía en los momentos en que el Directorio había creído encontrar el secreto de la Hacienda, creando un nuevo papel moneda, los mandatos, que eran recibidos por el pago de bienes nacionales ó de los emigrados por todo su valor, pudiendo adquirir dichos bienes los poseedores de los mandatos sin las formalidades de las subastas. Pero sucedió que el público en vista de la misma relación que el gobierno establecía entre los mandatos y los asignados y que era la de uno á treinta, principió á ver de mal ojo los mandatos, de modo, que cuando no había más que promesas

de mandatos habían estos perdido el 50 por 100 de su valor. No era, pues, posible, levantar el crédito de la república, y esta convicción hizo que ahora se consintiera lo que antes se había negado, esto es, la venta de la parte de los hijos ausentes de los emigrados.

Volvía, pues, el Directorio, á la política revolucionaria en materia económica, y con tendencias marcadas á lo mismo para la política interior. En efecto, el 13 de Marzo se dió una ley de imprenta para hacer callar á los diarios realistas; el 22 otra prohibiendo que se tocaran las campanas de las iglesias á fin de impedir que el fanatismo se manifestara de una manera tan ostensible, y se dejó al Directorio que hiciera el orden como pudiera en Lyon y el Rhodano en donde Isnard denunciaba ahora á los jacobinos.

Directorio y Asambleas iban, pues, precipitándose de nuevo por las vías revolucionarias, y ¡quién lo dijera! para muchos el Directorio era un gobierno reaccionario y enemigo de la república, esto, mientras en el Consejo de los Ancianos se lograba formar una mayoría que sin tocar para nada la cuestión de forma de gobierno, se disponía á contrarrestar enérgicamente las medidas arbitrarias y revolucionarias del gobierno. Este descubrió á la vez esta mayoría en la Cámara de los Quinientos, y la conspiración de sus amigos y correligionarios, conspiración que no sólo tenía por punto de mira el poder del Directorio, sino las personas de los directores. Esta es la conspiración Baboeuf.

Baboeuf, desde su escondrijo, continuó tramando contra el gobierno toda clase de enredos. No hemos podido aún convencernos del motivo que hayan tenido los escritores modernos para dar tanta importancia como han dado á la conspiración Baboeuf. Fuera de haber servido para que el Directorio se echara atrás, no vemos motivo para ser tratada por todo lo largo, como no se quiera demostrar la impotencia de los hombres de 1793 en lo que nadie ha pensado.

Querían los conjurados volver al Terror y á la Constitución del 93 como medio tan solo para realizar sus utopías comunistas, y por esto mismo que tramaban algo sin realidad á pesar de los grandes nombres que llegaron á juntarse, nada pudieron hacer, es decir, que ni siquiera pudieron turbar por un momento el orden público en la capital.

Puede asegurarse que el Directorio, más le asustó la conspiración Lindet, Amar, Verdier y Rossignol, que la conspiración Baboeuf. Sin la intervención de éstos, de seguro hubiera dejado el Directorio al conspirador utopista en sus subterráneos jugando á

lo Marat, pero la presencia de los hombres de acción de los años 93 y 94 le hizo temer hasta por su particular existencia, y desde este momento no se trató más que ahogar un movimiento del que el Directorio tenía noticias precisas por uno de los conspiradores, el capitán de infantería Grisel que estaba en relaciones con Barras. Así, cuando el Directorio supo que se había señalado el 11 de Mayo,—22 floreal,—para el movimiento, lanzó el día antes una proclama denunciando á la horda de asesinos y ladrones que querían degollar á las autoridades constituidas y saquear á París, y esta proclama y la prisión de Baboeuf, Rossignol y Drouet, el jefe de correos que detuvo en Varennes á Luís XVI á la sazón diputado, bastó para hacer abortar la conspiración.

Benigna, fué, la represión. Los conspiradores presos fueron encarcelados en espera del olvido, á los que no fueron presos se les olvidó desde luego, y á Drouet, para quien era necesario que se reuniera el alto tribunal de justicia para juzgarle, se le dejó que escapara de su cárcel, terminando con su fuga su carrera política el hombre que sin saberlo tanto había influido en la marcha de la revolución. Sin embargo, el proceso se seguía con lentitud calculada por parte del gobierno, y para libertar á los hermanos presos la conspiración Baboeuf, Amar, etc.; volvió á brotar allá en Setiembre, pero también con mala suerte. Nuevamente se intentó sobornar al ejército de París, pero las tropas acantonadas en Grenelle,—9 de Setiembre,—se resistieron y prendieron á los que habían creído que apoderándose de su jefe, el resto de las tropas seguiría. Esta vez la represión no fué tan benigna, hubo veintiocho sentencias de muerte, y aunque entre los presos se contaban tres ex-conventionales, uno de ellos el obispo constitucional Hugues, sólo éste y Javogues, á quien se le hizo pagar sus crueldades en el Rhodano y la Loire de la época del Terror, fueron pasados por las armas. La guillotina no funcionaba, recordaba á todos un pasado que se quería á toda costa olvidar, y eran ahora los Consejos de guerra y los soldados los que hacían de Tribunal Revolucionario y de Samson.

En esta segunda conspiración sonó también el nombre de Barras, pero nosotros creemos, que, como en la primera, el director sólo intervino declarándose más ó menos cómplice de lo que se hacía para conocer los secretos de los conspiradores, y esta es la participación que también damos á Tallien y á Freron. La moral sufre de todo esto, pero aquellos tiempos de conspiraciones permanentes no eran tan

escrupulosos. ¿Acaso el conde de Artois no hizo que fracasara en sangre la conspiración Puisaye? Luego hablaremos de otra conspiración realista que le cortó la vida á Baboeuf.

Pero no se crea que el Directorio se pasara hasta el otoño de 1796 sólo empleado en descubrir conspiraciones interiores, no, su actividad fué grande en la guerra, y la guerra de 1796 tiene para la revolución la misma importancia que la de 1792.

La época del Directorio es la época de la guerra de Italia, la época de Bonaparte.

El Directorio al heredar el poder se encontraba en frente con la grande triple alianza, la alianza de Austria, Rusia é Inglaterra, á la que se habían adherido la Cerdeña, Nápoles y Portugal, Cerdeña porque se defendía hacía tiempo con las manos en las armas de la revolución; Nápoles por intereses familiares borbónicos; Portugal porque ya era lo que es hoy, un feudo de Inglaterra.

De las tres grandes potencias aliadas, que eran las que de por sí resolvían, solo la Rusia quería con empeño la guerra: Austria la quería sólo para procurarse una compensación por la pérdida de la Bélgica, é Inglaterra la quería sólo para salir con honor de la empresa. Era, pues, posible todavía llegar á la paz, ya que los ejércitos austriacos, gracias á la traición de Pichegru, se encontraban en el Palatinado, y que Scherer, después de la batalla de Loano, no había podido avanzar falto de recursos de todas clases, pero á lo menos pudo el general republicano guardar las posiciones conquistadas.

¿Por dónde esperaba Austria encontrar la compensación que había de hacerla favorable para la paz? En Italia. Thugut pensaba anexionarse el Veneto, y por esto con gran sorpresa y descontento de Inglaterra declaraba á su embajador Morton Eden que la guerra en donde ahora debía hacerse era en Italia. Rusia, como ya hemos dicho, le dejaba á Austria, por el tratado del 3 de Enero, en plena libertad en Italia. Pero Rusia que no veía sin recelos la tibieza de Austria en el Rhin y que creía siempre á Thugut dispuesto para la paz, quiso comprometerla de una manera irreconciliable con Francia instándola para que reconociera á Luís XVIII, á lo que Thugut se resistió enérgicamente tanto por política como por el concepto menguado que le merecían los Borbones, y como en esto Inglaterra auxiliaba á Austria no ocurrió el conflicto que era de temer con Rusia que hablaba ya de enviar un contingente prusiano al Rhin, porque, como ya hemos dicho, Inglaterra también buscaba el medio de salirse de la guerra. Prusia ni por un momento penso

en volver á tomar las armas, Rusia y Austria la habían escarmentado sobrado duramente para que ya hubiese olvidado lo que valía su alianza y su amistad.

Sin embargo, Austria podía defenderse por sí sola de las pretensiones de Rusia, exigiendo que ésta enviara el cuerpo de tropas auxiliares á que se había comprometido, y esto era lo que pedía Austria para continuar la campaña del Rhin, amén de los subsidios de Inglaterra. Rusia no podía negarse,

pero como el envío del cuerpo de ejército en cuestión se había subordinado á la conclusión del negocio de Polonia, Rusia se negaba diciendo que aún no había terminado la cuestión de Polonia, pues el orden moral no se había restablecido. Esto obligaba á Markoff para disimular su negativa á aplaudir todos los proyectos anexionistas de Austria que reclamaba la Baviera, la Alsacia y aún la Lorena para continuar guerreando en el Rhin.

Austria, sin embargo, tenía necesidad para la pró-



Muerte de Larochejaquelin

xima campaña del dinero de Inglaterra. Si Inglaterra no garantizaba como había ofrecido ese empréstito de tres millones de libras, Austria no podía con sus propios recursos ir más allá del Abril de 1796, por esto Inglaterra que tampoco podía darle lo que se le pedía sin un bill del Parlamento que no se esperaba obtener hasta Mayo á Junio, ofrecía á Austria á 150.000 libras mensuales hasta concurrencia de aquella cantidad. Thugut aceptó, pero relegando de nuevo á un orden secundario la guerra de Italia, ofreciendo enviar á la Península los 50.000 hombres que había ofrecido, para cuando Inglaterra diera más dinero que en vano había ofrecido esta potencia á Rusia para que enviara un cuerpo de cincuenta mil hombres al Rhin.

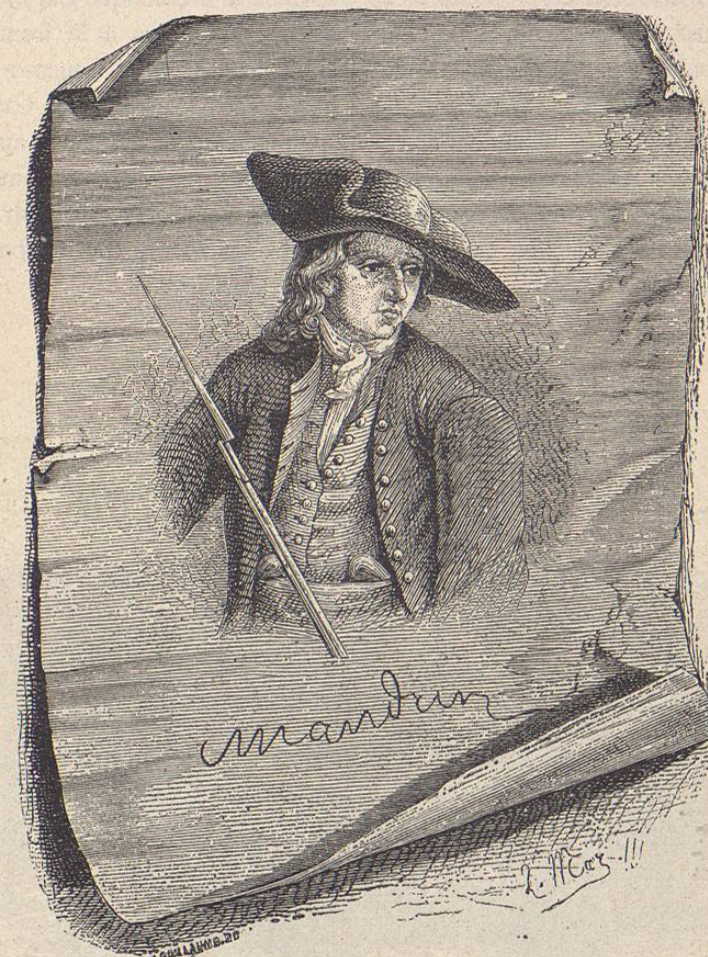
¿Iba, pues, Austria á renunciar á su política militar en Italia? Érale forzoso, empero creía que hecha

la paz con Francia, contando con el apoyo de Rusia nadie podría impedirle la ocupación del Veneto y de la Bosnia, pero hé aquí que Viena recibe del rey de Cerdeña, Víctor Amadeo, la notificación de la tregua con los franceses de Scherer, tregua que había ofrecido á imitación de lo que se había hecho en el Rhin, en donde Kray lo pactó por su sólo cuerpo de tropas, y Wurmser la extendió al suyo teniendo que acceder Clerfayt, por su parte, pero no sin una enérgica protesta. Pero Víctor Amadeo le decía á Viena, que era necesario que para la próxima campaña se le apoyara con mayor energía y que se le diera el mando en jefe de las tropas aliadas, pues de lo contrario se vería obligado á hacer la paz en Francia, paz que se le ofrecía con la anexión del Milanesado, pero Francia pedía para sí, además de Saboya y Niza, las posesiones sardas sobre la ri-

bera de Génova y la isla de Cerdeña ó veinticinco millones. Con estas condiciones Francia hacía imposible la paz, pero como algo se traslucía en Viena, Thugut, indignado y temeroso de lo que pudiera tramar Víctor Amadeo, ni estaba dispuesto á darle el mando del ejército aliado, ni á llevar allí un gran ejército. Quería que Víctor Amadeo por un lado y los austriacos por otro continuasen deteniendo á

los franceses, quienes, por su parte, seducidos por el genio del joven Bonaparte habían acabado por comprender que la paz estaba en Italia.

Fácil le hubiera sido, sin embargo, á Austria aumentar sus fuerzas en Italia, puesto que tenía ochenta mil hombres en Bohemia desde el día que creyó inminente la guerra con Prusia, pero Thugut por nada de este mundo hubiera consentido en tocar ni



Un vendeano

uno solo de aquellos soldados, pues como no se había aún fijado la frontera del imperio por los lindes de Cracovia y Sandomir siempre se creyó inminente la guerra con Prusia. Así es que se limitó á enviar á Italia algunos contingentes imperiales alemanes en junto 9.000 hombres, dando el mando de sus tropas al general Beaulieu que se había acreditado en Bélgica, pero allá en el Piamonte, Beaulieu apenas si podía reunir de tropas aliadas más de cincuenta mil hombres en su solo campo de batalla, pues aunque se había ofrecido mandar á la Saboya á los 18.000 hombres del cuerpo del príncipe de

Condé siempre tenidos en reserva, y los 8.000 napolitanos que su rey había ofrecido, esto cuando en Nápoles fermentaba el espíritu revolucionario, ni Condé fué á Saboya ni los napolitanos pudieron llegar al Piamonte porque en Roma y en Toscana se les negó el paso en virtud de su neutralidad.

La primavera, pues, se iba acercando sin que se hubiese hecho cosa de provecho. En el Rhin, Clerfayt había abandonado el mando: irritado contra Wurmser por lo de la tregua, había pedido ó el mando en jefe ó el retiro. Wurmser venció y Clerfayt fué enviado á Hungría para cuidar de la administración